



Mi Universidad

ENSAYO

JOSE ALBERTO CRUZ VAZQUEZ.

Parcial I

TEORIA Y DISEÑO CURRICULAR.

EDUARDO GENNER ESCALANTE CRUZ

Licenciatura En Psicología General.

8vo Cuatrimestre.

INTRODUCCION.

Los tiempos actuales requieren mucha mayor reflexión para enfrentar los desafíos que implica abordar la educación en este siglo. Entre visiones esperanzadas y desesperadas, los maestros ven el futuro con cierta perplejidad, mientras libros y películas dan la nota crítica de lo que son sus representaciones en el mundo. Este texto, a modo de ensayo, en las líneas clásicas de guiar una reflexión en sus lectores, se propone ser una fuente de mayores ánimos para los hombres y mujeres que día a día se juegan la vida en el arte de ser maestros. Invocando las características de nuestro presente y las carencias que hoy definen lo que se hace en las aulas, se quiere poner un acento crítico a las rutas actuales por las cuales se tejen y manejan las vocaciones de los maestros y alentar una mayor discusión sobre las formas en las que institucionalmente se ha ido banalizando lo que ellos hacen en las aulas.

DESARROLLO.

Un buen maestro o maestra (y de aquí en adelante usaré indistintamente uno u otro género para referirme a ambos) tiene un concepto positivo de sí mismo y de su trabajo; esto es que cree en sí mismo como persona y como maestro, que está seguro de que con su quehacer está promoviendo y fortaleciendo el desarrollo físico, intelectual, afectivo, social y moral de sus alumnos, que él es un factor fundamental en la consolidación y perfeccionamiento de sus pupilos como seres humanos, como individuos. Una buena maestra se considera a sí misma como una verdadera profesional de la educación, y por tanto siempre se conduce profesionalmente. Quedan fuera, pues, quienes son maestros por tener una "chamba"; quienes escogieron la carrera porque les ofrece una plaza segura; quienes ven su desempeño como una obligación impuesta por directivos y supervisores.

Las mejores maestras saben que sus alumnos son personas en cuyo desarrollo humano están colaborando, por lo que saben cultivar y promover en ellos el desarrollo de las competencias culturales básicas de comunicación, pensamiento crítico, resolución de problemas y de participación, así como el desarrollo y consolidación de los valores cívicos y culturales fundamentales.

Las buenas maestras nunca culpan a sus alumnos del fracaso; saben que para que se dé dicho fracaso han entrado en juego muchos factores: la falta de preparación y de dedicación de uno mismo como docente, la escasa comprensión de los problemas por los que el alumno atraviesa, la poca o nula e incluso contraproducente motivación que el pupilo tenga en su hogar, la ineficaz estrategia seguida para que el alumno aprenda, la mala calidad e insuficiencia de los materiales educativos, las malas condiciones en que se encuentra la institución, las faltas y suspensiones de labores, la no consideración de las necesidades

específicas del estudiante que está fracasando, la menguada pertinencia de los contenidos, lo agresivo de las evaluaciones, en fin. No es el alumno el culpable de todo ello.

Las mejores maestras logran mucha participación de sus alumnos. La participación más importante es involucrar intelectual y afectivamente a los estudiantes, ellos no tienen que estar brincando o yendo de un lugar a otro para mostrar que están activos. No confundamos el silencio que requiere la actividad mental profunda e intensa con el silencio de la apatía o del aburrimiento. Para conseguir la actividad mental, el buen docente hace buenas preguntas, preguntas reflexivas, abiertas, que no se contesten con un sí o un no, que no se contesten con una sola palabra; preguntas que requieran de reflexión y se contesten con respuestas elaboradas, que a menudo se van encadenando con los aportes de varios estudiantes. La buena maestra siempre pide a sus alumnos que den ejemplos concretos de lo que dicen y siempre favorece el aprendizaje cooperativo, el trabajo colectivo. Nunca pone a competir a unos con otros ni muestra el trabajo de la "mejor alumna" como ejemplo de lo que todos los demás deben hacer. Los buenos docentes saben que los principales protagonistas en el proceso de aprendizaje son los alumnos.

CONCLUSION.

La historia de la educación, además de maravillosa, tiene en sus páginas interiores una figura que solo destaca en la intimidad de los acercamientos personales del proceso enseñanza-aprendizaje. Esta figura es la del maestro, el hombre o la mujer que dedica su vida a brindarse a sus estudiantes. Cada uno de estos seres tiene sus momentos: algunas generaciones lo alabarán, otras lo condenarán; unas lo recordarán con ternura y otras serán irreverentes en su mención.

En esta época de la historia, la personalidad del maestro se configura en una serie de características de compleja aproximación. Sin embargo, detrás de toda evolución tecnológica a la hora de brindar conocimiento, detrás de los métodos por los cuales el maestro da sus enseñanzas, detrás de cada diploma, solo hay una condición que involucra su verdadera convicción como figura del aula: la pasión por ser quien es.

No es fácil ocultar las deficiencias que muchos docentes tienen a la hora de ser ese elemento fundamental del aula, porque la pasión por la enseñanza se lleva como parte de su alegría. En muchos escenarios actuales, se privilegian los títulos del maestro, su paso académico por diferentes posgrados, y, no obstante, se comienza a olvidar que ser maestro no es una condición amparada en los títulos y en los puntajes y salarios que gracias a aquellos diplomas se comienzan a ejecutar. La formación de los maestros es ineludible, pero no lo es tanto como su verdadero amor por el aula.

Una de las mejores formas de equilibrar el desgaste que el academicismo contemporáneo ejerce con los maestros es el encuentro con la literatura y los modelos que la enseñanza literaria brinda. No son necesarios docentes que tengan llena su sala de diplomas; lo que anhela la sociedad son hombres y mujeres entregados a sus pasiones y que sepan transmitirlos. Estamos en una época en la que muchos son los doctores que nos hablan sobre sus ciencias, pero de estos doctores son muy pocos los que logran despertar un entusiasmo o una pasión

renovada por la vida y lo que puede ser el anhelo de seguir el ejemplo de los maestros. Muchos docentes están llegando a ser maestros porque no pudieron hacer algo más.

En estas señales críticas, debemos convencernos de reivindicar el arte de ser maestros. No es una profesión entre otras, no es una condición que deba mancillarse o desacreditarse como algo que se hace mientras pasa algo mejor. Al contrario, y en este caso, desde la literatura, hay que renovar el amor por una condición insustituible... aunque vientos oscuros traten de tumbarla.